
REFERENCIAS

de publicaciones

María Negroni,
Exilium,
Madrid, Vaso Roto, 2016, 60 p.

¿Dónde sino en el exilio habla la palabra poética? ¿Dónde si no en la pérdida se eleva lo que nombra la ausencia, la distancia, la interminable lejanía? Y allí donde esa palabra dice lo que ahora comienza su sueño despierto: quiere restituir con imágenes oscuras lo que se le sustrajo. Juega otra vez y sabe que ese exilio comenzó cuando la infancia se abandona. La infancia como territorio donde lo imaginario se consagra, pero retorna como pérdida o repetición monstruosa, como orfandad o duelo.

Porque el infante es el que *todavía* no ha hablado y, en consecuencia, vive en su paraíso mudo y sin tiempo. Pero basta que la palabra sea aprendida para que el exilio comience su derrotero. Entonces vive su gran paradoja: para recuperar el paraíso solo cuenta con la palabra que fue, justamente, aquello que lo distanció para siempre del seno originario: “a este desapego/ lo llamamos infancia”, escribe la argentina María Negroni. Como una épica diminuta y desangrada, la poeta, testigo lúcido y ávido, construye con detalle el temblor de esa paradoja. En el poema, anota Negroni, “todavía es posible/ amueblar/ una infancia// eso/ que el lenguaje entierra/ y sigue vivo/ en el escándalo/ del mundo.// Así comienza/ la biografía de las cosas”.

Felipe García Quintero,
Algún latido,
Querétaro, Valparaíso, 2016, 72 p.

En términos muy generales, las palabras –anota Luis David Palacios sobre este libro del poeta colombiano Felipe García Quintero– son una representación

de los objetos; en un sentido más acotado, no son una etiqueta que ponemos a las cosas, sino la forma a través de la cual habitamos el mundo. Nombrar, darle un aspecto sonoro a la realidad, implica reconocer la distinción de, al menos, dos de sus posibilidades: una interior y otra externa. Los poemas de Felipe García Quintero nos invitan a redefinir, a nombrar, la naturaleza con imágenes; su mirada cuidadosa detiene la vertiginosidad de la vida moderna para cuestionar la fidelidad del lenguaje y la de su significado. García Quintero, con *Algún latido*, hace notar que la realidad interior también es plural, y de ningún modo ajena, cuando se dice a través de la poesía, porque su naturaleza nos une a todos.

**Elena Altuna-Betina Campuzano, comp.,
*Vertientes de la contemporaneidad. Géneros híbridos y nuevas
subjetividades en la literatura latinoamericana,*
Salta, Universidad Nacional de Salta, 2016, 383 p.**

Betina Campuzano, en la presentación de este volumen, anota: Estos estudios –ajenos a las certidumbres y más bien atentos a los desplazamientos– procuran pensar en las transformaciones y permanencias que suceden en los sistemas literarios latinoamericanos. Así, luego de un ágil panorama histórico que a dos voces expone las ilusiones y los desencantos de un proyecto político continental, los siguientes apartados de esta compilación se ocuparán –a partir de estudios de caso– de los géneros híbridos que, nos anuncia Monsiváis, matizan el paisaje del presente. De esta forma nuestros ojos se desplazarán por autobiografías de autoexiliados y de actores periféricos, novelas históricas cuyo referente es el inagotable pasado de la conquista, testimonios de la violencia política reciente, crónicas urbanas que retratan el desamparo de las calles o vuelven sobre íconos de la cultura popular. Otros trabajos centrarán la mirada, desde la lente narrativa, en las urbes latinoamericanas: Medellín, Sao Paulo o La Habana serán recorridas por la violencia, el nuevo realismo o la decadencia. Luego, la composición de este cuadro se completa –o desborda absolutamente sus marcos– con los artículos que se aproximan al canon literario revisitándolo o cuestionándolo. Se interesan particularmente en los casos argentino y peruano, y en los géneros narrativo y poético, para indagar tanto en los cambios y transformaciones dentro del sistema como en el trazado de las posibles direcciones del presente. Finalmente, en un último apartado, los nuevos actores y enfoques dan cuenta de las irrupciones de las subjetividades recientes a partir de los estudios de género o el abordaje a los intelectuales de Carta Abierta.

El libro incluye ensayos de María Elizabeth Coronel, Elena Altuna, Alejandra Maricel López, Lucila Fleming, Betina Campuzano, Julieta Colina, Rossana Nofal, Florencia Raquel Angulo Villán, María Verónica Gutiérrez, Gonzalo Espino

Relucé, Mauro Mamani Macedo, Rafael Fabián Gutiérrez, Beatriz Elisa Moyano, Carlos Hernán Sosa, María Marta Luján y Andrea Ostrov.

Carlos Vásconez,
La vida exterior,
Buenos Aires-Cuenca, La Caída, 2016, 201 p.

Una musa. Una novela. Un escritor. Un diario. Una fanática. Una obsesión. Estos componentes podrían, *a priori*, decirse el esqueleto de esta novela, la última obra de Carlos Vásconez (Cuenca, 1977). Pero al sumergirse en sus páginas, donde el ritmo de la bohemia y la urbe aceleran el tiempo, iremos descubriendo que sus ejes centrales son, más bien, otros: el deseo de todos de amoldarnos a un ideal o destino escrito para uno, y la búsqueda incesante de ese amor perfecto construido con nuestros sueños y palabras.

Vásconez –destacan los editores– vuelve a la novela con esta genial obra para interrogarnos a todos como lectores y escritores sobre la verdadera finalidad de la literatura, enfatizando aquel enunciado coetziano: “La literatura trata del modo en que los jóvenes se debaten por escapar del peso de los viejos, y todo en aras de la especie”.

María Auxiliadora Álvarez,
Piedra en :U;
Barcelona, Candaya, 2016, 124 p.

En *Piedra en :U:* las palabras de la poeta venezolana María Auxiliadora Álvarez se rebelan contra el silencio y el abatimiento, invitándonos a una experiencia de poesía límite, en la que las resonancias sensoriales, las sugerencias rítmicas, los símbolos engarzados y las analogías desconcertantes se convierten en armas arrojadas contra el vacío y traman el relato que nos configura: los ecos más atávicos de nuestro ser, una inquietud tal vez sin objeto, una pregunta en continua expansión, una razón desconocida de repente intuita. Es el leguaje que no quiere ser piedra, la palabra como balsa, la palabra como bálsamo frente a la noche, las sombras, la intemperie.

Poesía que mira siempre hacia dentro, que nace sobre todo de una pulsión, y en la que las sensaciones –no las imágenes– estructuran el poema, convirtiéndolo en una herida abierta. Poesía de la indagación que explora los paradigmas del exilio y de la exposición a la extrañeza, la pérdida de la lengua natal o las tensiones de las

guerras. En eso, en el poema como conocimiento y como corazón de carne viva, consiste el vitalismo poético de María Auxiliadora Álvarez.

Cristina Rivera Garza,
Había mucha neblina o humo o no sé qué,
Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2017, 245 p.

Cada quien tiene –apunta la escritora mexicana Cristina Rivera Garza– su Rulfo privado. El mío, mi Rulfo mío de mí, está tan interesado en producir una obra como preocupado por ganarse la vida. “Lo que pasa es que yo trabajo”, dijo alguna vez. En efecto, eso es lo que pasaba. Sus empleos en la iniciativa privada y en el gobierno federal lo llevaron por largas carreteras y por áreas del país que la modernidad alemanista exploraba sin cesar con el fin de identificar y explotar sus recursos naturales. Seguir sus huellas, eso es lo que hace este libro viajero que va del ensayo al cuento, de la crónica al experimento visual, mientras se mueve de los valles del centro hacia las montañas que cruzan el estado de Oaxaca. “¿Qué país es éste, Agripina?”, la pregunta que el maestro rural le lanza a su esposa al llegar a Luvina –ese pueblo zapoteco encaramado en la sierra norte– sigue siendo tan válida hoy como entonces. Tal vez uno emprende un viaje así –a veces en auto y muchas veces a pie– para intentar, si no responderla, por lo menos plantearla otra vez, una vez más, en medio de la violencia que nos circunda.

Jorge Dávila Vázquez,
Entrañables,
Quito, Editorial Don Bosco, 2017, 81 p.

Este volumen es una pequeña colección de cuentos sobre niños y jóvenes, relatados de manera intensa, coloquial, cotidiana; de ahí su título, que nos remite a la intimidad, al afecto. Con aparente simpleza, Dávila explora los sentidos, las conductas, los caracteres de los personajes, y ahonda en sus mundos particulares, creando un conjunto de inolvidables seres ficticios, contruidos con enorme conocimiento de lo humano y admirable ternura.

Los cuentos están ilustrados por Tito Martínez.

Juan Secaira
La mitad opuesta,
Quito, S. Libros, 2017, 96 p.

Según anota el poeta Pedro Gil, Juan Secaira huye de la lástima y asume la poesía como un estoico contemporáneo, riéndole a sus hijos y a su esposa. A sus padres y a sus amigos. Y yo río con él. Porque, como sostenía Roberto Bolaño: “Literatura+enfermedad=enfermedad”. No jodan. “Toda enfermedad culmina en el momento de nombrarla”, nos dice Secaira. Y él lo dice en poesía. Grandeza de ser humano y poeta.

César Dávila Andrade,
Batallas del silencio (Poesía reunida),
prólogo de Jesús David Curbelo; posfacio de David Huerta,
Cuenca, Ediciones de la Lira, 2017, 323 p.

En tributo al centenario del natalicio del gran poeta ecuatoriano César, el Fakir, Dávila Andrade, que se cumplirá el año 2018, Ediciones La Lira de Cuenca lanzó este volumen al cuidado de los escritores Cristóbal Zapata y Jorge Dávila Vázquez, uno de los profundos conocedores de la obra daviñana.

Según el poeta mexicano David Huerta, quien firma el posfacio, “El ecuatoriano César Dávila Andrade (Cuenca, 1918-Caracas, 1967) no es un poeta conocido por las *inmensas minorías* de los lectores latinoamericanos y esto solo significa, por lo menos para mí –lejano lector mexicano de sus poemas–, lo siguiente: él mismo y sus escrituras se han extraviado, real y totalmente, en la viscera convulsa de una cacería: debemos buscarlos dentro de esa experiencia sanguinaria, en el seno humeante de los límites del lenguaje, en la dimensión visceral de la purificación iniciática. Es una exigencia extrema, radical; es decir, una exigencia auténtica e inmensamente valiosa. Por eso Dávila Andrade tiene tan pocos lectores; por eso su desconocimiento forma el lado oscuro de un conocimiento difícil, un conocimiento alcanzado sin duda por él, en esas obras maestras del espíritu poético: sus grandes poemas, “Catedral salvaje” y “Boletín y elegía de las mitas”.

(No hemos escuchado esa voz de Dávila Andrade, esas voces formidables de sus mayores poemas. De “Catedral salvaje”: “¡Y vi toda la tierra de Tomebamba, florecida!/ ¡Sibambe, con sus hoces de azufre, cortando antorchas en la altura!/ Las rocas del Carihuayrazo, recamadas de sílice e imanes./ ¡El Cotopaxi, ardiendo en el ascua de su ebúrnea lascivia!”), y de “Boletín y elegía de las mitas”, con ese frenesí onomástico grabado a hachazos de “sílice e imanes” en la conciencia del

Continente: “Yo soy Juan Atampam, Blas Llaguarcos, Bernabé Ladña,/ Andrés Chabla, Isidro Guamancela, Pablo Pumacuri,/ Marcos Lema, Gaspar Tomayco, Sebastián Caxicondor”. No hemos escuchado nada de esto y cuando lo escuchamos deberemos comenzar de nuevo, para realmente *aprender* a escucharlo, entrar en la verdadera comunión de esas visiones enormes, delicadas, potentes como las cumbres y las llamaradas andinas)”.

Alicia Ortega Caicedo,
Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX:
filiaciones y memoria de la crítica literaria,
Buenos Aires, Corregidor/Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador, 2017, 487 p.

Alicia Ortega es una lectora incisiva –anota el crítico norteamericano Michael Handelsman– que sabe dialogar tanto con los textos literarios como con otros lectores –muchos de quienes son escritores, críticos, historiadores y, en general, inventores de significados. *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX: Filiación y memoria de la crítica literaria* es un nuevo estudio de Alicia Ortega que nos convoca a acompañarla en su recorrido por la novelística ecuatoriana del siglo XX, la misma que ella entiende como producto de una complementariedad entre el qué se escribe y el cómo se lo lee. Sin ningún afán de ofrecer un catálogo exhaustivo de nombres y títulos, Ortega se concentra en algunos hitos sacados de sus múltiples y continuas lecturas para poner en debate los “cruces entre conciencia política, modernidad, desencanto y escritura literaria”.

Lejos de los rancios dualismos –continúa Handelsman– que han estancado la literatura ecuatoriana en ociosos pronunciamientos sobre lo local versus lo universal, *Fuga hacia dentro* nos convoca a repensar y problematizar la novela nacional desde el cómo se ha leído a través del siglo XX y lo que ya es nuestro siglo XXI. Es precisamente este cómo leer la narrativa y la crítica literaria que permite a Ortega localizar la conformación de una conciencia intelectual que entiende la escritura y la lectura como una continua y conflictiva historia de apropiaciones y disputas ante una elusiva representación de lo nacional que ella pondera como un proceso hacia una deseada descolonización siempre en tensión, donde la estética constituye una ética y la ética una estética. Evocando a José de la Cuadra, en *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX: Filiaciones y memoria de la crítica literaria*, Alicia Ortega retoma aquel concepto de “arte de contenido” y lo asume como un centro de pensamiento y creatividad en constante movimiento entre lo que Juan García Salazar llama “casa adentro” y “casa afuera”. De ahí la permanente pertenencia de la novelística ecuatoriana y, también, esta *Fuga hacia dentro*.